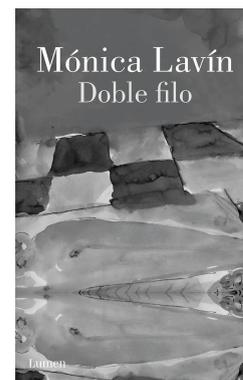


Mónica Lavín

La separación de los amantes

Anamari Gomís



La historia repetida de todos los tiempos, la que supuso, como ocurrió con la tradición del amor cortés en Europa, que para evitar el desamor era necesario erigir un impedimento y entonces retardar el desenlace, se vuelca en *Doble filo*, pero prosperando en nuevas posibilidades. En esta nueva novela, Mónica Lavín se refiere al mal de amor, una verdadera mordedura de serpiente. El asunto tan contado, sin embargo, es abordado por la autora de una manera muy original. La amante despechada, la joven Antonia, va a un pueblo para seguir la terapia que le ofrece una psicoanalista *sui generis*, que la intenta ayudar de las formas más extrañas, es decir, a partir de propuestas que, en el libro, son una exploración literaria o un sabroso dislate de la enfermedad del desamor, como besar pan recién horneado, que evoca el primer beso y que, a lo mejor, exorciza el dolor nada más de enfrentarlo.

Con estrategias como esta, Antonia habrá de olvidar a su Esteban, a quien no ha podido quitarse de la mente y del corazón en dos años.

Entre la terapeuta y Antonia se crea una dinámica de estira y afloja. No siempre la enferma de amor queda satisfecha con las ocurrencias de su terapeuta. Entretanto, la terapeuta enfrentará sus asuntos sin resolver, como admitir que los deseos se aplacan, pero no desaparecen. En el doble filo de curar la enfermedad del desamor, la analista somete a Antonia a un juego perverso: encerrar a Antonia en un oscuro clóset. La joven se desazona allí adentro, hasta que la “bruja”, como llaman a la terapeuta en el pueblo, la saca y la lleva al jardín, bajo la luz cegadora del día. Luego la hace entrar a la casa, zona intermedia entre la oscuridad y la refulgencia. “Aquí puedes apreciar

la luz y despreciar la oscuridad. Esta es la zona donde está ahora tu vida” (p. 34).

Antonia tarda días en volver, como es natural. La terapeuta, entonces, se somete al mismo experimento, quizá porque para ella el trabajo terapéutico aborda las sensaciones y ella precisa ensayarlas. ¿Qué había sentido Antonia al abrazar por la espalda a Esteban, mientras iban en moto? La “bruja”, en la siguiente sesión, le arroja cojines a la chica para que reviva, acaso, la misma impresión. La joven se va sin despedirse y la terapeuta es la que revisa un viejo recuerdo personal.

La terapeuta continúa utilizando toda clase de artilugios, como los de una hechicera o de una psicoanalista transgresora, para resolver el problema de su paciente, el abandono súbito del hombre que ha amado. Antonia va y viene. Se enfada y luego regresa.

Alejada de la calamidad amorosa, a la “bruja” parecen encendérsele anhelos y recuerdos antiguos durante sus sesiones terapéuticas. Y es que esta novela de Mónica Lavín sondea dos momentos muy distintos en la vida de los personajes. Uno, el de Antonia, que ha sido capaz de subir una montaña sin los cuidados necesarios, confiada en su pareja, un verdadero montañista. El otro, que se fragmenta en muchos instantes más, en el que la analista poco convencional se acerca al hombre que algo le significó en otra época, ignoramos qué, y con el que se atreve a vivir un *ménage à trois* alegremente para expulsar varios demonios escondidos.

Doble filo significa todo lo que tiene dos bordes. Por un lado, el tratamiento poco ortodoxo de la terapeuta, que bien puede resultar en una catástrofe. Por otro, el *déjà vu* de estremecimientos que operan en la hechicera durante sus encuentros con An-

tonia, mientras vive recluida en un pueblo y crea estrategias terapéuticas. En otro sentido, la vida burbujea para la joven, a pesar del descalabro emocional.

Doble filo es un libro de múltiples significados, por no decir un carnaval de ellos. Antonia se disfraza de la mujer que le ha quitado al amante, se vuelve del color de la tercera en disputa, se asume como ella para, acaso, reponer o atraer al objeto de su deseo malogrado o simplemente soltarlo de una buena vez. “Cuando se finge ser otro, se libera uno de uno mismo” (p 81). La “bruja” accede a la impostación, puesto que no hay lógica posible cuando el amor, se contesta a sí misma, “es un arte desmecatado”.

Escritora que incurre en diversas formas, Mónica Lavín, la que rodeó a sor Juana a partir de sus personas cercanas, la que creó una novela de la selva y del café, de la mujer que imagina pinturas en un hotel, la que no para de escribir, ha concebido una historia diferente, la del espejo en la que dos mujeres se miran. Una, la terapeuta, que se compenetra con la joven, mientras que la segunda, Antonia, recupera su imagen y aprende a dejar ir la malquerencia. El final es una metamorfosis, en la que la “bruja” sale de su rincón en el pueblo. Ya no será un retiro para ella sino una casa para regresar después de viajar y de examinar, de nuevo, la vida por sí misma.

Lavín se ha arriesgado a tratar el tema de temas: la separación de los amantes, sólo que con humor, ingenio y rituales novedosos. *Doble filo* es una novela en la que todo es insólito y donde se ha dado una vuelta de tuerca a la historia del desafecto. **U**

Mónica Lavín, *Doble filo*, ilustraciones de María José Lavín, Lumen, México, 2014, 156 pp.